

nación, y de vengar su Divinidad. Y eso es lo que hace hoy, nos dice San Gregorio, saliendo del sepulcro, cuando no había querido bajar de la cruz (1). ¿No hay, en efecto, un prodigio mayor en triunfar de la muerte por la resurrección que el bajar de la cruz para conservar la vida?... (2)

Esos hechos con todas las circunstancias que los acompañan, esos hechos que se suceden y coordinan con tan admirable sabiduría, no ha podido inventarlos el hombre. Forman en su conjunto la demostración más brillante de la Divinidad de Jesucristo, la más alta glorificación de su virtud y de su misión divina. ¡Confúndanse los judíos que se atrevieron á desafiarle hasta sobre la cruz, y los incrédulos que en la sucesión de los siglos se han escandalizado del misterio de la Cruz!... ¡Que se confundan todos los que quisieran precipitar los designios de Dios, y obligarle á condensar en un solo día, y en un mismo punto, todos los milagros de su gracia!... Dios sabe siempre escoger el tiempo; la eternidad es suya. Juzguemos de sus designios por todo lo que pasó y se sucedió en los tres días de su pasión y de su resurrección. Supo entonces, y sabrá siempre, desplegar con oportunidad su poder, vengar todos sus derechos, y reducir al silencio á los audaces despreciadores de su Divinidad.

Hemos visto desarrollarse ante nosotros todo el orden de los decretos de Dios, ya en la magnificencia de las profecías y de las figuras, por las cuales, durante largos siglos, fué predicho el grande hecho de la resurrección, ya en la gloria de los prodigios que acompañaron su cumplimiento. Nos resta que ver para nuestra instrucción, y sobre todo para nuestro consuelo, con cuánta de-

(1) Qui de cruce descendere noluit, de sepulchro surrexit. (*San Gregorio.*)

(2) Plus fuit mortem resurgendo destruere, quam vitam descendendo servare. (*Ibid.*)

licadeza de afecto, de condescendencia y de amenidad ha sido anunciado este grande misterio después de su cumplimiento.

TERCERA PARTE.

La Religión, en su práctica y en su aplicación inmediata, no es asunto de raciocinio ni de especulación, sino más bien de sentimiento y de amor. De ahí la explicación de un hecho de observación muy constante; como las mujeres saben amar más que los hombres, y hay mucha relación entre la fe y el amor, las mujeres, por lo general, han mostrado siempre, y muestran todos los días, que sienten la Religión, la creen y permanecen fieles á ella, mucho mejor que los hombres. No; nosotros no creemos que Dios permitiese, sin designio en su pasión y en su resurrección, un contraste tan extraño entre las santas mujeres y la mayor parte de sus discípulos. Sin que sea nuestro ánimo adular á nadie, y en prueba de imparcialidad, nos sería también muy fácil el demostrar por qué fatal abuso la mujer puede, en el ejercicio de la Religión, convertir en defectos sus buenas cualidades, y en maldiciones sus más bellas prerogativas.

El Evangelio nos dice que al rayar el alba el día siguiente al sábado, las santas mujeres que habían asistido á la muerte del Salvador se dirigieron al sepulcro, llevando consigo aromas preciosos para esparcirlos sobre el santísimo cuerpo, según costumbre de los judíos, y para dar de ese modo á su amado Maestro y Salvador ese último testimonio de su amor y de su piedad (1). «¿Cómo haremos, decían entre sí, para levantar la inmensa pie-

(1) Venerunt ad monumentum portantes quæ paraverant aromata. (*San Lucas, xxiv.*) Emerunt aromata et venientes ungerunt Jesum. (*San Marcos, xvi, 11.*)

judíos que han pedido la muerte del Señor; Pilatos, que tan cobardemente la ha consentido; los soldados, que no se han negado á ser sus ejecutores, y el pueblo, que ha venido á renegar de él y blasfemarle hasta en su suplicio. Pero vosotras, almas piadosas, almas sinceramente adictas al Dios Salvador, vosotras que le habéis acompañado al Calvario, que le habéis adorado en la Cruz, vosotras que le buscáis en su sepulcro, vosotras, para quienes Jesús crucificado es siempre vuestro Salvador y vuestro Dios, vosotras nada tenéis que temer de su justicia, y sí que esperarle todo de su bondad. *Nolite timere vos.*

¡Cuánto pudiéramos decir, si después de haber admirado y profundizado las palabras del ángel, nos detuviésemos algunos instantes en las palabras del mismo Jesús!... ¡Qué abismo de bondad y de condescendencia hay en esa sola palabra dirigida á la Magdalena: *Mulier, quid ploras?* Mujer, ¿por qué lloras? ¡Ah! no olvidemos que esa mujer fué en otro tiempo el escándalo de la ciudad. Aquellas lágrimas eran bien derramadas para reparar el desorden de su vida... Y Jesucristo quiso dar á entender que el grande misterio de la Resurrección debe fortalecer y consolar para siempre á los que por la penitencia han alcanzado el pasar de la muerte á la vida. No era ella sola la que debía ser consolada; había entre los discípulos tímidos y cobardes; había un renegado. Pues bien; ninguno será exceptuado del misterio de reconciliación y de vida, sino aquel que voluntariamente ha perecido, porque voluntariamente ha llegado á ser un hombre de perdición. Hé ahí que el vencedor de la muerte y del pecado no teme ningún contacto deshonesto, ninguna afinidad envilecedora. Dijo á la Magdalena: *Noli me tangere*: «No te me acerques.» Lo cual podría muy bien significar: No te me acerques por un afecto que podría ser todavía demasiado sensible, mien-

tras que vuestras afecciones no pasen por los cielos para volver á bajar hasta mí. Pero no penséis que los pecadores ni las pecadoras me acusan ninguna repugnancia, ningún disgusto. Id, pues, á anunciar á todos mis Apóstoles, sin exceptuar á ninguno, que todos son siempre mis hermanos, que mi Padre es siempre su Padre, que mi Dios es siempre su Dios. Sí; decidles que si yo subo hacia mi Padre, es para acordarme de que es el Padre de todos vosotros; que si subo hacia mi Dios, es para acordarme que es siempre vuestro Dios (1).

Pues bien, hermanos míos; las palabras que Jesucristo pronunció por sí mismo, ó por sus ángeles, en el día de su resurrección, deben resonar para siempre en el mundo. Para siempre, Jesucristo resucitado ha venido á traer la paz y la reconciliación al arrepentimiento sincero. Para siempre también, Jesucristo, glorificado, proclama por sí mismo y por sus ángeles el doble carácter de su Evangelio. A su entrada en este mundo hizo profetizar por un santo anciano que sería para unos ruina y muerte y para otros resurrección y vida; para unos terror y guerra de exterminio, y para otros paz y júbilo inalterables. En el grandioso día de su resurrección la misma alternativa fué solemnemente proclamada.

¡Que tiemblen, pues, esos filósofos llenos de orgullo, esos incrédulos insensatos, esos hombres de Estado soberbios é insensibles que no tuvieron jamás sino desprecio para la Religión del Crucificado! ¡Que tiemblen también esos herejes indóciles y rebeldes, que, más audaces que los verdugos, no titubean en desgarrar la preciosa túnica del Salvador, que jamás han comprendido el grande misterio de la unidad, y que blasfeman del Evangelio verdadero, en nombre de su Evangelio

(1) *Vade autem ad fratres meos et dic eis: Ascendo ad Patrem meum et Patrem vestrum: Deum meum et Deum vestrum. (San Juan, xx, 17.)*

falso! ¡Que tiemblen también los malos católicos que no han podido ser atraídos ni por la palabra de Jesucristo ni por la de sus ángeles! Todos esos son los que, á imitación de los judíos carnales, han soñado un Mesías terrestre como ellos, un Mesías cómplice de todos sus vanos deseos, de todas sus locas pasiones.

Mas para vosotras, almas sinceramente cristianas, almas generosas y puras, para quienes Jesucristo es siempre el Dios de vuestro destierro; para vosotras, que habéis aprendido de Jesucristo con cuántas tribulaciones y trabajos se compran el reposo y la gloria; para vosotras, que no cifráis vuestra honra más que en servirle, vuestra felicidad en amarle, y vuestra esperanza en poseerle algún día; para vosotras, que entre tanto le suplicáis esté siempre con vosotras, en vuestro espíritu por la fe, en vuestro corazón por la caridad, en vuestros miembros por la mortificación; vosotras nada tenéis que temer, ni del pensamiento de la resurrección de Jesucristo, ni con él de vuestra propia resurrección. *Nolite timere vos: scio quia Jesum Christum crucifixum queritis.* Vosotras nada tenéis que temer: sé lo que buscáis: buscáis á Jesús crucificado antes de buscar á Jesús glorificado. Merecéis encontrarle en su crucifixión y en su reposo, en sus humillaciones y en su gloria. No habéis renegado de Él en el destierro, y tampoco Él os abandonará en la patria. *Nolite timere vos.*

No creáis que el haber sido pecadores, y muy grandes, sea un motivo para alarmaros. ¿Qué importa lo que hayáis sido, qué importa lo que hayáis hecho, cuando tenéis por juez al que triunfa hoy, al que sepultó en su tumba y entregó al olvido todo lo que habéis sido, todo lo que habéis hecho, con sólo la condición de que por medio de la penitencia os sepultéis en una misma tumba con vuestro Salvador? ¿No habéis oído el mensaje confiado á las santas mujeres por el enviado celestial:

Decid á los discípulos, y particularmente á Pedro: *Dicite discipulis et Petro* (1)? ¿Y por qué esa señal de distinción en favor de Pedro? ¿No fué ese jefe de los Apóstoles el que contristó á su Maestro, negándole tres veces? Pues precisamente por eso, la buena nueva de la resurrección debía serle notificada de una manera enteramente especial. Su falta es cierto excedió toda medida, pero era necesario que no desesperase. Estaba demasiado desconsolado para que su falta pudiese serle perjudicial.

El veneno del pecado tendrá, pues, siempre, merced á los méritos del Salvador, un seguro contraveneno en el dolor que nos causa (2).

¿Cuál fué, por otra parte, el objeto del mensaje confiado á las santas mujeres? «Decid á los discípulos, y particularmente á su jefe arrepentido, decid á Pedro que el Salvador os precederá á las montañas de Galilea (3).» Esa misteriosa Galilea en donde Dios se revela, no es más que la figura de esa revelación inefable, que sólo nos será concedida en los cielos cuando, viendo á Dios frente á frente, lleguemos á ser semejantes á Él por efecto de esa misma visión (4). ¡Ánimo, pues, supuesto que los pecadores arrepentidos son llamados allí lo mismo que los justos!... ¡Ánimo, pues; el que nos ha precedido fué bastante poderoso para atraernos y trasportarnos allí él mismo! ¡Ánimo, pues, que la piedra del sepulcro, por la que es necesario pasar primero, ha sido levantada delante de nosotros, y la entrada ha quedado libre para todo el mundo!

¿Qué nos resta, pues, que hacer? La Iglesia y todos sus

(1) *San Marcos, XVI, 7.*

(2) *Ut Petrus ex negatione non desperet; non enim nocent peccata quæ displicent. (San Gregorio.)*

(3) *Quia præcedit vos in Galilæam. (San Marcos, XVI, 7.)*

(4) *Illa revelatio vera est Galilæa de qua dictum est: Cum apparuerit simili ei erimus, quia videbimus eum sicuti est. (Venerable Beda.)*

Santos Doctores nos lo han indicado suficientemente en los textos sagrados que durante estas solemnidades ofrecen á nuestra meditación. Debemos, como quiere San Pablo, en esos días de los ácidos de Pascua, llegar á ser ácidos nosotros mismos, es decir, excluyendo de nuestros corazones todo lo que Jesucristo reprueba, ir á Él con los deseos más sencillos y las intenciones más puras: *In azymis sinceritatis et veritatis* (1). Debemos ir á buscar á Jesucristo en su sepulcro, allí adonde había sepultado su libertad, su gloria y su vida. Jamás estamos más seguros de encontrarle que allí en donde es necesario humillarse y morir para sí mismo (2). No debemos partir más que al rayar el día, y procurar llegar al salir el sol, es decir, á los primeros resplandores de la gracia, y convencernos bien de que para unirnos á Jesucristo es preciso despojarnos de la tenebrosa vestidura de nuestros vicios (3). Debemos llevar con nosotros aromas y perfumes preciosos, es decir, ofrecer á Dios el incienso sincero de la oración, encaminarnos á Dios por continuas aspiraciones, y regocijar á la Iglesia de Dios con el buen olor del ejemplo y con la práctica edificante de las más amables virtudes (4).

¿Por qué tardamos ponernos en camino? El verdadero amor no conoce obstáculos ni entorpecimientos. Mirad el presuroso anhelo del verdadero amor, personificado en la Magdalena y en el discípulo amado. Reconoced el verdadero amor en esas tiernas preocupaciones que absorben el corazón de la Magdalena; reconocedle también en esa rápida carrera que parece haber dado alas al más joven de los Apóstoles (5). Acordaos de la piedra del sepulcro

(1) *San Pablo, I. ad Cor., VIII.*

(2) *Ad sepulchrum, id est, passionem imitemur. (Venerable Beda.)*

(3) *Orto jam sole: id est, discussis vitiorum tenebris. (Ibid.)*

(4) *Portantes aromata: id est, odorem bonorum operum et orationem Domino offerentes. (Ibid.)*

(5) *Ille alius discipulus, præcurrit citiùs Petro. (San Juan, xx, 4.)*

que el ángel tuvo cuidado de apartar. No olvidéis que, bajo la ley de gracia, los obstáculos de la virtud no existen, sino en cuanto son necesarios para excitar la vigilancia y la emulación. Sí; por la resurrección del Señor todas las leyes han llegado á ser fáciles, toda perfección ha llegado á ser accesible, todos los misterios han sido revelados, todos los tesoros de gracias y de auxilios han sido abiertos. Sí; la gracia que, á contar desde ese día, debe esparcirse por el mundo, verificará la seguridad dada por el Salvador de que su yugo es suave y su peso ligero. La gracia de Jesucristo debe, en efecto, hacer agradable al entendimiento el yugo de la fe, y ligero al corazón el peso de los mandamientos. El amor humilde lo cree todo, el amor perseverante lo obra todo, el amor generoso obedece á todo, y todo lo soporta (1).

De ese modo, no lo dudéis, hermanos míos, alcanzaremos la felicidad que os deseo, y que espero para todos nosotros; de ese modo tendremos la felicidad de encontrar á Jesucristo en la verdadera Galilea de la manifestación eterna; le veremos en toda su grandeza, en toda su magnificencia; le veremos en todo su esplendor, en toda su gracia y en toda su hermosura. Sí, le veréis todos los que hayáis sabido morir para resucitar con Él. Yo os lo declaro, y os lo aseguro en su nombre. En este día de júbilo, no debo hablaros sino para comunicaros este mensaje: *Ibi eum videbitis, ecce prædixi vobis.* (*San Mateo, xxviii, 7.*) Así sea.

(1) *Charitas omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet. (I. Cor., XIII, 7.)*